



¿SOCIALISMO DEL SIGLO XXI EN VENEZUELA?

OPORTUNIDADES, RÉMORAS, OBSTÁCULOS Y PELIGROS

Venezuela ha padecido históricamente un capitalismo parasitario y rentista, sostenido sobre un solo producto de exportación primaria que impregnó todo el entramado social e institucional, conformando un Estado-petrolero proverbial, de esencia clientelar. Generó, en consecuencia, una población alienada en torno a la renta de aquel producto y sus actividades derivadas, así como una estructura económica ultradeformada, con una evolución anómala de las fuerzas productivas y de las consiguientes relaciones sociales de producción, que subieron aquí el listón de la ya de por sí acusada *barbarización social* propia del capitalismo dependiente periférico.

En virtud precisamente de su condición de economía primaria extrovertida (esto es, supeditada a los intereses de las economías centrales), Venezuela presenta una enorme desproporción de los sectores económicos, acompañada de una desigual ocupación del territorio (sólo la franja costera está realmente habitada como resultado de la conformación colonial del país como “economía portuaria” volcada a la exportación), con un reducidísimo sector industrial a lo largo de su historia.

La herencia de esta economía no productiva –en la que los cálculos más amables hablan de que para final del siglo XX se importaba al menos un 83% de los alimentos que se consumían en el país, y entre la agricultura y la industria todavía hoy no ocupan ni al 30% de la población activa--- ha sido una muy alta exclusión social, desempleo y pobreza extrema para grandes capas de la población, así como desarraigo y pérdida de identidades vinculadas al trabajo, distorsión territorial y poblacional.

Esta es la base histórica de una de las sociedades más desestructuradas de América¹, donde los niveles de individualismo, corrupción como hábito de vida en todas las esferas, desconfianza mutua e *informalidad*, se unieron a la falta de redes, estructuras u organizaciones sociales que pudieran dar cuerpo a algo remotamente parecido a una *ciudadanía*. El síndrome consumista formado en torno al gran surtidor del petróleo, la subordinación ideológica y el arraigado oportunismo, se acompañaron de una violencia estructural y uno de los niveles más altos de delincuencia en el mundo

¹ La desestructuración social comienza por la propia estructura familiar, caracterizada en gran medida en el caso de Venezuela por la forma denominada de “marido itinerante”, en la que tradicionalmente los hombres han solido tener varios hogares de referencia en los que alternar su estancia, formados por mujeres con los hijos tenidos de ellos u/y otros hombres. Ellas son las que se responsabilizan a la postre de esos hogares. Estructura familiar que se sustenta en y potencia al mismo tiempo una profunda división sexual del trabajo, que se refuerza mutuamente con un acendrado machismo privado y socio-institucional, para coincidir en el máximo aprovechamiento sin contrapartidas del trabajo femenino.

(durante muchos años Caracas ha figurado entre las 5 ciudades más peligrosas del planeta)².

Con estas premisas la pregunta inmediata es ¿cómo una sociedad así, con esta estructura heredada de fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, puede haber hecho un proceso de cambio tan contundente en el nivel político y pretender además en el socioeconómico construir *el socialismo*?

Quizás una de las circunstancias más positivas con que cuenta para ello sea estar en posesión de un recurso estratégico que permite un invaluable sostén para la transformación del país, y posibilita el que Venezuela pueda protagonizar una dinámica de arrastre de otras sociedades, máxime en estos momentos de posible redefinición colectiva de las relaciones de dependencia y de la división internacional del trabajo en la región donde se inserta la experiencia venezolana: América Latina.

Así es, la vertiente *altercapitalista* promovida por Venezuela ha ido cogiendo fuerza en el subcontinente a través de sucesivos cambios de poder político que se han producido en Bolivia y Ecuador, en cierta manera también en Nicaragua (a pesar de la herencia de corrupción que arrastra la vertiente del sandinismo que representa Ortega) y está por verse si en Paraguay. Estos saltos políticos se suman al afianzamiento del neodesarrollismo burgués (en pos de un capitalismo más regulado) que se han dado sobre todo en Argentina y en menor medida Brasil y Uruguay. Todo lo cual unido al bastión histórico de Cuba, permite la consolidación de ciertas correlaciones de fuerzas, ambiguas e incluso contradictorias a escala interna, pero que favorecen cierta consistencia colectiva frente a los embates del capital transnacional y en principio posibilita lograr ventajas para la recomposición de organizaciones populares y movimientos sociales, así como en pro de una mejor distribución de la riqueza, en contra de las tendencias dominantes del tardocapitalismo que se ha dado en llamar “neoliberal”³.

El socialismo es una cuestión que necesariamente tiene que resolverse a escala mundial o casi mundial, pero que (ante la inverosimilitud de que se produzca su detonante al unísono en todo el mundo) debe ser comenzada por algún sitio. Digamos que es un asunto global que por imponderables se ve forzado de arrancar al nivel local para ir sentando las bases de su evolución. En la medida en que ese comienzo se intente (una y otra vez) en países del capitalismo periférico, sus dificultades para consolidarse serán mayores y el proceso de la gran transformación más largo. Sin embargo los recursos energéticos, económicos y humanos (el desarrollo de las fuerzas productivas) en América Latina no son tan escasos como para desistir del intento. Puede que, como han apuntado algunos autores, el mayor obstáculo sea la falta de una aceptable distribución de la riqueza o apropiación social de tales recursos.

² Esto ha comportado una especie de “toque de queda” implícito entre la población: a partir de cierta hora la calle comienza a ser territorio de nadie por lo que mucha gente prefiere quedarse en los lugares donde se encuentra antes de aventurarse en ella. Todo el mundo ‘se encierra’ bajo sucesivas puertas, rejas y candados en sus viviendas-prisión. Puede imaginarse lo que esto supone para la actividad pública o para la formación de tejido social, por ejemplo.

³ El riesgo inmediato, no obstante, está siendo la desactivación de movimientos y organizaciones, precisamente por la llegada al poder político institucional de supuestas formaciones de izquierdas, que si bien han tomado algunas medidas para favorecer a las capas medias más vulnerables e incluso a parte de las populares, han dejado intocados los mecanismos financieros, fiscales y monetarios que aseguran la acumulación de capital por parte de la gran burguesía financiera y, en su caso, productiva. Así está pasando especialmente en Brasil, Uruguay y Argentina, pero también deja ver claramente sus peligros hasta en Bolivia, donde la subordinación al MAS de los otrora poderosos movimientos sociales (Bolivia ha sido probablemente en los años 90 y principios de los 2000 el país con más protagonismo y accionar social) puede estar ocasionando su ‘desactivación’ en pro del institucionalismo.

La pregunta entonces es ¿cuál es la situación interna actual del país que ha proclamado querer construir el *socialismo del siglo XXI*, que está liderando el bloque antiimperialista no sólo al nivel latinoamericano sino incluso con proyección mundial, que ha impulsado el ALBA, UNASUR, el Banco del Sur, un Fondo agrícola para la soberanía alimentaria, el proyecto de comunicación alternativo del Sur, entre otras importantes alternativas?

Aquí pretendemos hacer un breve repaso de algunas de sus más definitorias condiciones positivas y negativas, de cara a esclarecer sus posibilidades de futuro.

Pero antes un poco de historia reciente. A mediados del siglo XX, en 1959, la socialdemocracia y la democracia cristiana establecieron el compromiso de compartir Gobierno y alternarse en el mismo (como han hecho en la historia tantas ‘restauraciones burguesas’), de cara estabilizar la institucionalidad política del país y escudarla frente a la vena militar golpista que tantos daños había dejado en las décadas anteriores. También con el objetivo de inmunizarla ante los intentos de abrir el espacio político por parte de la izquierda, en una confirmación más de que las diferentes versiones políticas del Capital coinciden a la postre en la defensa de las reglas y principios de funcionamiento básico del sistema al cual se deben. Ni que decir tiene que el partido comunista quedó excluido de las posibilidades de acceder a la política institucional o de institucionalizarse (lo cual entre otros motivos y consecuencias, le haría optar por la lucha armada, a partir de 1962, comenzando una guerra de guerrillas en el país, en la que se inscribió una parte considerable de la militancia más consciente, desprendida y solidaria de la sociedad venezolana).

Democratocristianos (COPEI) y Socialdemócratas (AD), a través de este acuerdo que se llamó *Punto Fijo*, se repartieron la Administración pública y asentaron un entramado clientelar que la impregnó por completo, empapando a todo el cuerpo socioinstitucional. Para quienes quedaron fuera de ese clientelismo esperaban dos caminos, la marginación social o, por el lado de la resistencia, la más brutal de las represiones (líderes obreros, estudiantes, militantes sociales o políticos fueron asesinados, torturados, encarcelados, tuvieron que salir del país o pasar a la clandestinidad).

El *puntofijismo* se erigió sobre la plataforma del “oro negro”, consolidando la pivotación de la economía del país en torno a la renta petrolera. Lo que se tradujo en:

“una cultura de dependencia que propició la exigencia por parte de la sociedad de una función benefactora del Estado inédita hasta el momento, obvió la distribución igualitaria del ingreso petrolero, impidió una diversificación de la economía que posibilitara fuentes alternativas de riqueza, y olvidó la modernización del sistema fiscal, menguando la conciencia ciudadana de participación en la cosa pública (...) La corrupción (...) funcionó como un gran mecanismo de acumulación y distribución de riqueza”.⁴

Esta firme raíz de la falta de formación y participación cívico-política, se compenetró con un sindicalismo vertical insertado en las redes de corrupción y clientelismo del Estado, como una agencia más del mismo, encargada de sujetar y encauzar a la población trabajadora.

⁴ Roberto Viciano y Rubén Martínez, *Cambio político y proceso constituyente en Venezuela (1998-2000)*. Vadell Hermanos Editores. Valencia-Caracas. 2001.

La economía rentista del petróleo arruinó las posibilidades del más mínimo despegue industrial en Venezuela, al tiempo que causó un deterioro del mundo rural, fuente de la masiva migración interna hacia los núcleos urbanos costeros, en cuyos arrabales se aglomeró una creciente población proletarizada sin salario formal. Pero al tiempo que ésta crecía lo hacía igualmente el populismo clientelista, y junto a él, paradójicamente, también el hábito de un consumo relativamente fácil gracias a la función “distributiva” del *maná negro* (cuando la distribución estatal se hace a costa de un factor rentista, no afecta al beneficio del capital ni se necesita extraer de los salarios del trabajo, con lo cual todos parecen aceptar el manto de la “conciliación social”).

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los años 70 el proceso entró en declive, hasta que en los primeros años 80 evidenció su final. Los precios de las materias primas, incluido el del petróleo, habían bajado. Al ser Venezuela un país que lo importaba todo, cuando su única fuente de ingreso se resiente, el déficit de su cuenta corriente de la balanza de pagos se dispara. La subsecuente devaluación de la moneda restringió aún más las importaciones. En plena crisis económica se siguió abusando del modelo clientelista, lo cual agravó aún más la situación, hasta que el Estado se decidió a revertir sobre la población el coste de la crisis, vía recorte del gasto público y subida de impuestos. La pauperización de la población se patentizó dramáticamente.

Cuando a finales de los años 80 Carlos Andrés Pérez decide seguir los dictados del Fondo Monetario Internacional, y con ellos la todavía mayor reducción de la función distribuidora del Estado, junto a la subida general de precios, la situación de la población, incluso de la mayor parte de los sectores medios, se hace insostenible.

El 27 de febrero de 1989 se produjo el primer levantamiento popular en Caracas, y pronto se extendería a otras importantes ciudades del país. Esta especie de hastío popular ha pasado a la historia como el *caracazo*, y bien puede constituir el primer acto de insurrección de las poblaciones del mundo contra el dominio universal del *neoliberalismo* (eso que hemos bautizado como “la Cuarta Guerra Mundial”: la que emprende abruptamente, en todo el planeta y en todos los ámbitos, el Capital – globalizado- contra el Trabajo).

Centenares de muertos le costó a la sociedad venezolana tamaño hito, a los que seguirían otros levantamientos más, igualmente reprimidos con la policía y el ejército, al comenzar la siguiente década. Así hasta que en 1992 dos grupos distintos de militares (de los que se conoce en América Latina como del “sector patriótico”) se alzaron para poner fin a tanta masacre. En el primero de ellos se encontraba Hugo Chávez. Nadie en Venezuela olvidó que por primera vez en innumerable tiempo alguien en el país asumía la responsabilidad de un fracaso. Nadie olvidó tampoco las dos palabras, “por ahora”, con las que concluyó su testimonio frente a las cámaras al ir detenido el que ya se gestaba como líder popular de extraordinario carisma.

Cuando meses más tarde un segundo grupo de militares se levantó, cuando unos años después el régimen de puntofijismo colapsó irremediablemente, y cuando Chávez fue liberado y puso en marcha junto a algunas de las principales fuerzas de izquierda del país el movimiento por una nueva república, la V (conocido aquél, por

tanto, como MVR –Movimiento V República–), las bases para un profundo cambio estaban dadas.

Chávez llegó a la Presidencia en 1998 con el 56.20% de los votos emitidos, a pesar del absoluto control mediático y de las continuas amenazas de golpe por parte de la oligarquía. Porcentaje que aumentó hasta casi el 60% en las elecciones de 2000, ya bajo una nueva Constitución (“Bolivariana”) que se aprobó en referéndum con el 71.21% de votos después de haberse consultado, en un proceso constituyente sin precedentes en el mundo, barrio por barrio, localidad por localidad, aldea por aldea.

Chávez es una construcción colectiva propia de la por más tiempo imposible cohabitación nacional entre un sistema representativo totalitario que privatizó la política para la burocracia oligárquica, y una “sociedad excluida” sin cauces de expresión ni de acceso a la enorme riqueza del país. Una población que según las propias fuentes oficiales estaba en la pobreza en más de un 60%, siendo a la vez la más desarticulada de todo el continente (sin apenas organizaciones sociales o políticas).

Chávez es en cierto modo el parto de esas circunstancias propias de un modelo corrompido hasta el tuétano, que se desgastó a sí mismo, y fue incapaz también de ofrecerse a sí mismo por más tiempo la alternancia. Producto de ciegas luchas, y de otras tantas brutales represiones de una población cansada de vivir en la miseria mientras los petrodólares inundaban las cuentas de la oligarquía económico-política del país [que se adueñó privadamente de todo el ciclo de producción, distribución y consumo]. Una oligarquía que alternándose en dos partidos, COPEI y AD, evadió del país en treinta años el equivalente a 5 planes Marshall, que se embolsó en torno a 300.000 millones de dólares, y que hizo cómplices suyas a las burocracias de unos sindicatos totalmente verticalizados, las mismas que después han organizado huelgas para la patronal contra la democracia.

Chávez es el resultado del descabezamiento de las escasas organizaciones y movimientos populares, de la eliminación sistemática de líderes y opositores llevada a cabo por los Gobiernos que se llamaron “democráticos”. La autodenominada *Coordinadora Democrática* que después sabotearía el país, agrupa o representa a los mismos que masacraron o aplaudieron las masacres de Caracas en 1989 y 1992, y los asesinatos estudiantiles de 1991, los mismos que dejaron a un país exhausto tras vender todos sus recursos a las transnacionales de las principales potencias. En ella está la burguesía venezolana, que se benefició con la miseria de todos los demás.

Por eso cuando la población, desangrada, ya no pudo ir más lejos por sí misma, y militares “nacionalistas” se levantaron para tomar el relevo y proponer una alianza cívico-militar prácticamente sin precedentes en la historia latinoamericana, un nuevo horizonte se abrió para el país. Y se osó incluso volver a hablar de *socialismo*.

Ahora bien, ¿se están construyendo realmente las bases para esa “gran transformación”? Eso es lo que, ahora sí, vamos a intentar reflexionar a través de la ponderación de unas cuantas consideraciones, de carácter positivo y negativo.

CIRCUNSTANCIAS POSITIVAS

- Por primera vez no sólo miles sino millones de venezolanos se han implicado (aunque sea pasajeramente) en organizaciones civiles, sociales o políticas para tomar parte activa en el devenir de su sociedad.
- Han tenido lugar movilizaciones obreras espontáneas en contra del sabotaje y el pillaje empresarial, que a raíz de sus triunfos han dado origen a un nuevo sindicalismo, al que sin embargo todavía le queda mucho para convertirse en alternativo (y que además ya ha sufrido su propia escisión).
- Se han favorecido organizaciones cooperativas y de pequeños productores, con una incipiente y a todas luces todavía insuficiente reforma agraria.
- Por primera vez también se está intentando diversificar las fuentes de riqueza del país para *desprimarizar* la economía y establecer las bases de una soberanía alimentaria. Se han puesto también los primeros pilares de una industria autóctona, al menos en el segmento ligero.
- Además se está llevando a cabo la estatalización de ciertos sectores estratégicos y empresas de especial interés económico. Y se está tratando de pasar a propiedad social algunas de las empresas estatales⁵.

Dice Petras

“El Gobierno bolivariano ha nacionalizado empresas estratégicas en las industrias del petróleo y el gas, el acero, el cemento, la producción y distribución de alimentos, las telecomunicaciones y las industrias eléctricas. Ha sometido a nuevos impuestos los que ha denominado “beneficios excesivos”, duplicando así los ingresos del país.

Ha firmado nuevos acuerdos en forma de empresas conjuntas en el ámbito del petróleo y el gas con una docena de transnacionales europeas, asiáticas y latinoamericanas, que dejan en manos del Estado venezolano mayorías de control.

Todo ello ha aumentado la capacidad del Gobierno para tomar o influir en decisiones estratégicas en materia de inversión, reinversión, fijación de precios y comercialización. El aumento en la propiedad del Estado incrementa el flujo de ingresos y beneficios de la Hacienda federal, potenciando así la financiación de inversiones productivas, programas sociales y plantas de transformación y servicios en otras etapas de la cadena productiva.

El Gobierno ha iniciado un proyecto de gran envergadura y largo plazo para diversificar la economía, y especialmente para lograr la autosuficiencia en ramas alimentarias como los lácteos, la carne, las verduras y las aves de corral. Asimismo, la transformación del petróleo crudo en productos de alto valor añadido, como fertilizantes y plásticos, está ya en marcha, si bien es cierto que avanza lentamente. Hay un calendario para la construcción de nuevas refinerías a fin de substituir la dependencia de operaciones basadas en EE UU y añadir valor a las exportaciones.

Nuevos sistemas de transporte público están en construcción, como el nuevo metro de Caracas [y el de Maracaibo].

Se han asignado más de 2.500 millones bolívares fuertes, la nueva moneda venezolana (más de 1.000 millones de dólares) bajo la forma de incentivos, créditos y subvenciones para fomentar el aumento de la producción y el procesamiento agrícola.

Asimismo, se invierte en nuevas líneas de producción ligadas a programas sociales, entre otras las nuevas empresas que fabrican 15.000 casas prefabricadas por año.” James Petras, en www.rebellion.org, 08/05/08. Lo entre corchetes es mío.

- Se ha conseguido reducir el desempleo de 16% de la población activa (hasta 1998) a 6,1% en la actualidad.
- La deuda externa no sólo se contuvo sino que ha quedado cancelada.

⁵ La diferencia entre *propiedad estatal* y propiedad social es que la primera funciona como una empresa, cuya plusvalía extraída a los trabajadores queda como beneficios para el Estado, que supuestamente luego los redistribuye en forma de servicios sociales o salario indirecto. Una empresa de *propiedad social* implica la distribución de esos beneficios en forma de salario directo e indirecto a los propios trabajadores (a través o no del Estado).

- Se han emprendido medidas de salud, educación y vivienda, entre otras, destinadas a cambiar las paupérrimas redes sociales con las que contaba la sociedad venezolana. Lo que significa la multiplicación de programas de intervención y de protección social realizados a través de lo que el proceso bolivariano ha bautizado como “Misiones”. Se trata de la realización de proyectos de redistribución social que afectan a las necesidades más básicas, con la participación e implicación de los sectores más activos o comprometidos de la sociedad. En algunos casos ha colaborado también la fuerza de trabajo calificada cubana inserta en programas de internacionalismo solidario.

Hasta hoy han sido 25 en total las *misiones* realizadas. Algunas de las más importantes:

Barrio Adentro	de atención sanitaria gratuita en los barrios más necesitados
Milagro	operaciones gratuitas de la vista
Robinson I y II	formación primaria y secundaria gratuitas
Sucre	formación universitaria
Negra Hipólita	para la atención de indigentes
Vuelvan Caras	educación dentro del ámbito laboral
Guaicaipuro	proyectos integrales con los pueblos indígenas
Árbol	reforestación con las semillas ya existentes para preservar biodiversidad
Cultura	formación universitaria de la fuerza de trabajo cultural
Madres del Barrio	atención a madres sin recursos, a través de becas con acompañamiento y aprendizaje laboral
José Gregorio Hdez.	para integración de discapacitados
Villanueva	proporción de viviendas a bajo coste
Rivas	para cursar bachillerato, educación media
Mercal	oferta de alimentos a bajo coste
Miranda	frente de jóvenes para asumir tareas de tipo social
13 de abril	para fortalecer los consejos comunales

No todas ellas, ni mucho menos, han tenido el mismo grado de éxito. De hecho, algunas han tenido muy poca repercusión, pero en su conjunto, como veremos enseguida, han supuesto notables mejoras, toda vez que además se enmarcan dentro de una estrategia más amplia, en lo que se han llamado los 5 motores y los 10 objetivos estratégicos para el país.

Los motores son:

1. La **Ley Habilitante**, definida como "madre de las leyes revolucionarias", que ha permitido al Ejecutivo legislar sobre las materias necesarias para adelantar los cambios que, en palabras del presidente Chávez, "sientan las bases hacia el socialismo del siglo XXI."
2. La profunda **reforma de la Constitución Bolivariana de Venezuela**, que incluiría la modificación de artículos en el área económica, política y social, entre otras. Ésta fue considerada en el pasado referéndum (diciembre de 2007) pero fue derrotada por un escaso margen.
3. **Proyecto "Moral y Luces"**, que comprende una campaña de educación moral, económica, política y social que va más allá de las escuelas, para extenderse a los campos, talleres, núcleos endógenos y demás organizaciones populares.
4. **Geometría del poder**, integrada por la nueva manera de distribuir el poder político, económico, social y militar sobre el espacio nacional. También se ha propuesto revisar la distribución político-territorial de Venezuela y la construcción de sistemas de ciudades y de territorios federales.
5. La **explosión revolucionaria del poder comunal**, encaminada a posibilitar una mayor participación popular, la cual dependerá del éxito de los anteriores ejes para esta nueva era de la Administración pública.

Los diez grandes objetivos estratégicos fueron formulados antes que los motores, y les dan fundamentación a éstos. Son:

1. Avanzar en la conformación de la nueva estructura social
2. Articular y optimizar la nueva estrategia comunicacional
3. Avanzar aceleradamente en la construcción del nuevo modelo democrático de participación popular
4. Acelerar la creación de la nueva institucionalidad del aparato del Estado
5. Activar una nueva estrategia integral y eficaz contra la corrupción
6. Desarrollar la nueva estrategia electoral
7. Acelerar la construcción del nuevo modelo productivo, rumbo a la creación del nuevo sistema económico
8. Continuar instalando la nueva estructura territorial
9. Profundizar y acelerar la conformación de la nueva estrategia militar nacional
10. Seguir impulsando el nuevo sistema multipolar internacional

Como fruto directo de todas estas iniciativas tenemos que el analfabetismo ha pasado de algo más del 20% en 1998 (año en que Chávez gana las elecciones) a menos del 10% en la actualidad, por lo que Venezuela ha recibido el premio de la UNESCO en materia de erradicación del analfabetismo. También se le ha concedido el reconocimiento de la OMS por la campaña de vacunación infantil sin precedentes en el país. Se calcula que los programas de "Barrio Adentro" en los que se han implicado profesionales venezolanos comprometidos con el proceso y médicos cubanos internacionalistas, han salvado decenas de miles de vidas.

La tasa de mortalidad infantil, por ejemplo, ha pasado en los diez años de 'chavismo', de 21 niños por cada 1000 nacidos, a 13 por mil.

Se ha establecido la concesión de créditos indexados, se han multiplicado las becas para estudio, así como el valor de las pensiones. La Universidad Bolivariana de Venezuela y recientemente la Universidad Bolivariana de los Trabajadores han posibilitado, a pesar de sus serias falencias⁶, el acceso a la educación superior de los estratos más desposeídos de la clase trabajadora.

- Se ha legislado y se estimula el desarrollo de un *poder popular*, representado a través de la formación de *Consejos Comunales* (que agrupan como mínimo a unas 200 familias o 1000 personas en los ámbitos urbanos –menos población en los rurales-) como instancias de participación ciudadana a las que se pretende transferir progresivamente poder de decisión, planificación, gestión y control sobre asuntos públicos. En las comunidades indígenas, por su parte, se respeta la organización que ellas se quieran dar.

A raíz de ello, están comenzando a gestarse algunas organizaciones sociales con carácter autónomo, aunque todavía extremadamente débiles.

- En el presupuesto de 2008 el 59% del ingreso ya no proviene del petróleo. El gasto en el área educativa representa el 21,7% del mismo. El mayor de toda la región.
- Se está llevando a cabo una política tributaria no sólo progresista sino al servicio de la lucha contra la exclusión social. Reforzada con planes de “evasión cero” y de “contrabando cero”.
- Se está procurando sentar las bases de un ejército y una policía cuyo carácter principal no sea el represivo de la propia población trabajadora.
- Se ha levantado un marco jurídico muy avanzado, plasmado en la Constitución de 1998 [donde, por ejemplo, se reivindica el papel del Estado en la economía facilitando la formación de la transición a una economía mixta, se establece la democracia económica frente a la acumulación de riqueza, se concretan toda una serie de derechos y deberes de l@s ciudadan@s, se incorporan mecanismos de participación de la población, como la rendición de cuentas de los representantes y la iniciativa legislativa popular, el referéndum revocatorio, entre otros].
- En la vertiente externa Venezuela ha asumido proyección y liderazgo internacional contra el capital transnacional, que es lo mismo que decir contra el imperialismo, por lo que se ha convertido en piedra angular del cambio en la correlación de fuerzas en el continente americano (también, por tanto, en objetivo prioritario de la agresión imperialista y de los poderes fácticos transnacionales).
- Cuenta con un presidente que está entregado enteramente a la transformación a favor de las grandes mayorías, aun a costa de su propia vida [él es perfectamente consciente de que está amenazado de muerte por el Capital Transnacional a través de su más poderoso brazo armado y político: Estados Unidos, y de sus colaboradores internos en el país].

⁶ La UBV en concreto no ha logrado trascender el carácter jerárquico y centralista del modelo burgués de Universidad. Con buena parte de sus cargos altos y medios ocupados por oportunistas, ineptos o directamente opositores infiltrados, ha reproducido la relación elitista clasista en su interior y no ha sabido hasta la fecha dar cumplimiento a la demanda de formación íntegra a la que aspiraba la municipalización de la Universidad. La de los Trabajadores apenas comienza ahora su andadura y habrá que ver si es capaz de superar los errores consustanciales de su predecesora.

En cuanto a otros indicadores económicos remitimos de nuevo a Petras:

“El presidente Chávez ha reducido drásticamente la pobreza de larga duración más rápidamente que cualquier otro régimen en la región, lo que demuestra que un gobierno nacionalista de bienestar es mucho más eficaz para liquidar situaciones de carencias sociales endémicas que sus equivalentes neoliberales. Un estudio riguroso y empírico de la actuación socioeconómica del gobierno de Chávez demuestra su éxito en toda una serie de indicadores, después de la derrota del golpe y el lock-out contrarrevolucionarios y después de la nacionalización del petróleo (2003).

El PIB ha crecido más del 87%, y sólo una pequeña parte del crecimiento es atribuible al petróleo. El índice de pobreza se ha reducido a la mitad (de 54% en 2003, en el momento álgido del lock-out empresarial, hasta un 27% en 2007) y la pobreza extrema se ha reducido de un 43% en 1996 hasta un 9% en 2007; asimismo, el desempleo se ha reducido en más de la mitad (...). La economía ha creado empleo a un ritmo casi tres veces superior a los Estados Unidos durante su expansión económica más reciente. Se ha extendido con éxito una atención sanitaria accesible para los pobres, y el número de médicos de atención primaria en el sector público ha aumentado de 1.628 en 1998 a 19.571 a comienzos de 2007. Alrededor del 40% de la población tiene ahora acceso a alimentos subvencionados. El acceso a la educación, especialmente a la enseñanza superior, también se ha extendido considerablemente entre las familias pobres. El gasto social por persona ha aumentado en más del 300% en valor real.

Sus políticas han refutado de una vez por todas la idea de que las exigencias competitivas de la globalización (inserción profunda y extensiva en el mercado mundial) son incompatibles con las políticas sociales de gran alcance. El presidente Chávez ha demostrado que los vínculos con el mercado mundial son compatibles con la construcción de un estado de bienestar más desarrollado bajo un gobierno de amplia base popular.” James Petras, en www.rebellion.org, 08/05/08.

CIRCUNSTANCIAS NEGATIVAS

a) En clave interna al propio proceso y movimiento bolivarianos

A mi entender dos son las fuentes internas que más obstaculizan la realización de serias transformaciones sociales en Venezuela:

1/ el **oportunismo** en torno a la presidencia, que impregna también prácticamente toda la Administración e instituciones ‘bolivarianas’ (unido a la infiltración de la oposición en muchos de esos niveles).

2/ la **corrupción** presente tanto en el aparato de Estado como en el cuerpo social en general.

Los “oportunistas” conforman el sector derecho y a veces directamente reaccionario del chavismo (que se suma al conjunto de la *derecha endógena* presente en él, sea infiltrada u obedezca a sus propias convicciones). Ellos han protagonizado movimientos con vistas a congeniarse con el capital local y extranjero y a favorecer, por ende, la continuación de la primacía del mercado. Son quienes más han potenciado las redes clientelares y el subvencionismo estatal, que tanto daño hacen a la credibilidad del proceso de cara a la población. También llevan a cabo el torpedeo burocrático a las iniciativas más revolucionarias que emprende el propio Gobierno, convirtiéndolas en inaccesibles a los vastos sectores populares.

Probablemente es cierto, como se ha dicho, que después de la derrota en el referéndum de diciembre de 2007, los oportunistas han ganado terreno en el entorno presidencial, aumentando su influencia sobre Chávez a costa de un cierto relegamiento de los sectores de izquierda. Sea como fuere, su búsqueda de acercamiento a la alta burguesía les ha impelido a dificultar buena parte de las posibles nacionalizaciones de empresas estratégicas, así como entorpecer una eficaz reforma agraria.

Por su parte la corrupción está extendida a todos los niveles, como una enfermedad crónica de la sociedad venezolana. Esto hace que acceder a muchas de las mejoras impulsadas desde el Gobierno tenga que pasar por la prevaricación y el cohecho de funcionarios y agentes. Es notoria también la falta de atención correcta por parte de los profesionales que deben dispensarla en muchos de los supuestos servicios sociales.

Buena parte de los controles administrativos y de la gestión o administración de los nuevos recursos y programas está en manos de los oportunistas o de cuadros susceptibles de dejarse llevar por la inercia clientelar y/o directamente prevaricadora.

A estas rémoras se suman otras serias condiciones negativas:

3/ Desestructuración social y apoliticismo o secular analfabetismo político de amplias capas de la población

El proyecto de transformación en curso tiene que enfrentar una más que preocupante falta de organización y de formación de las clases populares en general y del proletariado en concreto, producto del tipo de capitalismo y de la formación social histórica de la que se proviene. Esto se traduce, entre otras muchas cosas, en una crónica atomización del movimiento obrero. También en que todavía hoy las grandes masas de población tradicionalmente desposeída no tienen forma de llegar a la política organizadamente. Pierden voz efectiva y en términos prácticos apenas intervienen en la elaboración de la política estatal.

Los Consejos Comunales no han adquirido realmente poder. En parte porque la población todavía está en fase de constituirse como *ciudadanía*, o si se quiere como *pueblo*, y no se siente poder⁷; en parte porque desde arriba no se han favorecido los mecanismos efectivos que les proporcionen poder real.

Hay que tener en cuenta que estamos hablando de una sociedad en la que no se construyó la ciudadanía, en la que, por tanto, la población no está acostumbrada a ejercer poder, ni a exigir derechos, tampoco a asumir responsabilidades, ni a corresponsabilizarse en la mejora de su propio patrimonio social o ecológico ni a intervenir en la arena social o política⁸.

El propio presidente hace gala de un exacerbado personalismo y reiterada utilización de la primera persona en sus intervenciones y discursos, que favorecen poco la asunción colectiva del proceso de transformación y refuerzan la dependencia unipersonal del mismo, con todas las debilidades y peligros que eso conlleva.

Tampoco se ha corregido apenas el acostumbramiento al verticalismo de las acciones, procesos o decisiones que afectan a la sociedad. El accionar de arriba abajo sigue siendo muy acusado, por más que, y eso diferencia también a este proceso, se hagan reiteradas llamadas a la participación desde la base.

⁷ Es muy posible que ese proceso de construcción de un pueblo consciente haya incluso sufrido un parón o inversión después de la derrota del golpe reaccionario, cuando a pesar de la multitudinaria participación popular se vio favorecido, a través de medidas gubernamentales, el poder de los partidos favorables al proceso pero captadores y cooptadores del movimiento popular. Una medida resarcidora de este déficit fue la creación de las *misiones*, que arrancaron con una fuerte gestión popular, pero que progresivamente se fueron institucionalizando. Señalamientos semejantes se le hace al desarrollo de los Consejos Comunales.

⁸ La transformación social en curso se ve obligada así a corregir a marchas forzadas esta falta de asunción política de la población. En estos tiempos de Capital global es más que probable que para estos países de capitalismo periférico en los que apenas se construyó el espacio de *lo social*, la única posibilidad ya de alcanzar la ciudadanía sea a través de la construcción socialista. El capitalismo aquí hace tiempo que desistió de tal cometido (mientras que en las sociedades centrales hace lo que puede por rebajar la calidad de esa *ciudadanía* conquistada históricamente).

El peligro del subvencionismo (próximo al clientelismo político) por parte de las estructuras estatales continúa presente. A menudo se imparten y reparten subvenciones monetarias o bienes materiales o sociales sin correspondencia ni corresponsabilidad de la población destinataria (que los aprecia como “dones” caídos del “cielo” del Estado, al que de inmediato son susceptibles de criticar en cuanto esos dones dejan de caer).

El mismo proceso de creación de un partido único, el Partido Socialista Unificado de Venezuela (PSUV), responde a una propuesta vertical, apenas debatida y tanto más aventurada cuanto no se cuenta con suficientes cuadros militantes ni con una formación socialista de las bases. Se está llevando a cabo a contrarreloj para las próximas elecciones de noviembre, sin tiempo de maduración ni debate suficiente en el cuerpo social⁹. Además, en un país de escasa o nula tradición ciudadana, comienza a erigirse en el imaginario colectivo como la organización encargada de hacer dirigir y controlar la revolución, excluyendo o limitando el probable papel constructivo y ascendente del movimiento popular.

4/ Los altos niveles de dificultad de la vida diaria para la grandes mayorías apenas se han reducido. Hay todavía, a pesar de todo lo intentado, escasos beneficios materiales en la cotidianidad de la mayor parte de la población.

El aumento mundial del precio de los alimentos básicos y la espiral inflacionaria que ello genera, que está provocando la entrada en la pobreza absoluta de más y más población en el mundo y la constatación fehaciente de la pobreza relativa del conjunto de la población trabajadora mundial, está golpeando también a Venezuela. A ello se suma aquí la “estrategia” del empresariado vernáculo ya no sólo de continuar ignorando la productividad, como hizo siempre, sino de reducir incluso la producción. Produciendo menos intenta boicotear el proceso, por una parte, y por otra, hacer que el precio de los productos escasos sea más alto, para dificultar su acceso a la mayor parte de la población (es decir, está dispuesto a sacrificar parte de su plusvalía en pro del objetivo político de derrocar a una forma de gobierno que consideran hostil a sus intereses). Con lo cual el acaparamiento de productos (especialmente alimentarios) y el parcial desabastecimiento están al orden día en Venezuela. Esta ofensiva de la clase capitalista ha intentado ser paliada por la distribución estatal de productos alimenticios a precios por debajo o muy por debajo del mercado (a través de los puntos de ‘Mercal’), pero no está resultando hasta ahora todo lo exitosa que se requeriría [no ha logrado erradicar la periódica escasez y carestía de los productos de consumo esenciales, si bien, a pesar de la recurrente corrupción interna que se ha instalado en la misión Mercal, se ha logrado evitar que aquéllas adquieran niveles demasiado preocupantes].

Puede decirse que en general a los controles sobre la distribución de las mercancías les falta todavía mucha eficiencia. Y lo más grave es que buena parte de las entidades fundamentales de producción y comercio permanecen en manos de la oligarquía.

A esto se añade que la población ha continuado perdiendo poder adquisitivo. La inflación subió al 22% en 2007, y hasta el 8,9% más los cuatro primeros meses de 2008, mientras que los salarios y los ingresos de los trabajadores formales e informales se estancaron los dos últimos años en muchas ramas, al menos hasta el 1 de mayo de 2008, en que el salario mínimo se ha establecido en casi 800 bolívares fuertes (de los 600 aproximadamente en que estaba) y se decreta la subida de un 30%

⁹ Bien es verdad que el PSUV está protagonizando por primera vez en Venezuela la elección de candidatos de un partido por la base. No obstante, este prometedor proceso democrático corre el peligro de ser contrarrestado por candidatos que se postulan a sí mismos haciendo acopio del oportunismo clientelar para ser “apoyados” por las bases próximas.

en todos los salarios de la Administración pública. Queda por saber si el Gobierno podrá defender esos salarios frente a los envites de la inflación mundial y a la nueva oleada de alza de precios que se produce de forma casi automática con cada subida salarial.

Las condiciones laborales no contribuyen precisamente tampoco a paliar la situación, pues siguen siendo muy precarias para la mayoría de los trabajadores. El pluriempleo y la economía informal son elevadísimos, ante la falta de satisfacción de necesidades del empleo formal.

No hay transporte público en Venezuela, salvo el metro (en la capital y ahora en Maracaibo) y un incipientísimo ferrocarril que ha recuperado la “revolución bolivariana”, pero aún con muy pocos kms. de línea. La absoluta mayoría del transporte privado, tanto intraurbano como interurbano de distancias cortas, es una auténtica tortura para los pasajeros, con penosas unidades de mediados del siglo XX muy deterioradas, a través de las que la mafia de empresarios del ramo extrae sustanciosos beneficios sin apenas inversión en la mejora de las mismas. El transporte de larga distancia es algo mejor, pero lejos de los patrones que deberían regir este servicio.

Cualquier desplazamiento por corto que sea en el país lleva un tiempo y unas incomodidades dignas de otras épocas. Si unimos esto a la inseguridad ciudadana reinante podemos hacernos una idea de lo extremadamente difícil que resulta la vida social, la cohesión de redes ciudadanas o la simple diversión para la mayor parte de la población. Muchas reuniones sociales y encuentros amicales apenas comienzan ya están por deshacerse, pues todo el mundo está pendiente de cómo volver a casa.

Igualmente, las infraestructuras viarias, también las urbanas, la luz, alcantarillado, servicios públicos, etc., siguen siendo un verdadero desastre (tanto más hiriente cuanto que a menudo está en manos de instituciones locales o estatales gobernadas por supuestos “chavistas”, cuando no es el propio Estado su propietario y gestor). Sus carencias y fallas (por ejemplo, en cuanto se producen lluvias la gente no puede cruzar la mayor parte de las calles inundadas de sus ciudades) hacen sumamente difícil la vida de la mayoría de la población, exasperándola reiteradamente. Ya se dijo, además, que con demasiada frecuencia para recibir servicios o prestaciones sociales hay que pasar por las manos corruptas del sector oportunista del chavismo, lo que desmoraliza y causa no poco descreimiento y desengaño en la población.

El entorno urbano está severamente degradado en casi todo el país, con suciedad y abandono que sólo pueden explicarse en contextos de profunda ausencia de una mínima conciencia ambiental y ciudadana, tanto por parte de la población como de las autoridades responsables.

La oferta cultural es ridícula para un país del potencial económico de Venezuela. Fuera de la capital es muy difícil que la población pueda gozar con alguna facilidad de artes, espectáculos o actividades relacionadas con el ámbito de la cultura.

La delincuencia continúa siendo un auténtico azote de la sociedad (aún con uno de los índices más altos de muertes por violencia social) generando un clima de sufrimiento e inseguridad que desmotiva cualquier tipo de empresa a emprender, sea individual o colectiva. 10 años de “movimiento chavista” no han mejorado apenas este calvario social (¡qué lejos de las experiencias cubana o nicaragüense cuando comenzaron la revolución social, con sus comités de defensa!)¹⁰.

¹⁰ Dice Petras en su trabajo citado: “El concepto de *poder popular* solamente llegará a ser significativo para la mayoría de gentes pobres cuando éstas se sientan seguras en sus calles, sin temor a los asaltos y la intimidación, cuando las

La corrupción policial (y su implicación delictiva) permanece también enormemente alta [aunque una nueva Ley de Policía busca atajarla, integrando al conjunto de la policía bajo un solo mando –y no como hasta ahora, que en cada lugar es dependiente del gobernador de turno, con las implicaciones que de ello pueden imaginarse; sobre todo en el caso de los gobernadores opositores-].

Como resultado de todo ello, se está produciendo un retroceso en la implicación popular en el proceso de transformación y una parte creciente de la población va perdiendo una vez más el interés por las cuestiones políticas (al ver que en lo substancial la dureza y fatiga de su vida continúa muy semejante y la estructura de poderes inmediatos que la afectan directamente ha mostrado poca regeneración). Existe verdaderamente el peligro de que incluso comience a replantearse sus lealtades.

5/ La impunidad con que se mueven opositores y corruptos.

Se denuncian casos de corrupción –a menudo por el propio presidente- pero casi nunca se ve que quienes los cometen arrosten consecuencias judiciales ni políticas.

Las “amnistías” de facto, a golpistas y saboteadores económicos¹¹, en nada han contribuido a granjearse la confianza de una parte importante de la población que se jugó su propio físico para revertir el golpe de Estado y que ha desafiado a pecho descubierto el sabotaje patronal. Más bien han indignado y desorientado a parte de esa población.

Todo esto puede tener que ver también, qué duda cabe, con una estructura y unos funcionarios públicos del poder judicial que son uno de los enclaves más firmes de la contrarrevolución en la sociedad venezolana¹².

6/ Para terminar de dificultar las cosas, la desconfianza mutua y generalizada también sigue imperando en la sociedad venezolana, constituyendo uno de los más importantes frenos para la transformación social. Es sumamente difícil llevar a cabo proyectos sociales de cualquier tipo, no digamos ya transformaciones radicales, en un medio social en el que *la gente tiene miedo de la gente*. Con inseguridad no hay libertad para construir nada.

El oportunismo, la “viveza criolla”, la corrupción y el aprovechamiento a costa de los demás, así como la indolencia, ineficacia y el parasitismo están firmemente arraigados y extendidos en la sociedad, a todos los niveles, desde los más elementales hasta los de mayor responsabilidad económica, social o política.

7/ Por su parte, la *informalidad* social adquiere rango de patrón estructural, y afecta a todos los ámbitos, tanto públicos como privados: no hay rubor ni sentimiento de culpa alguno por no cumplir con la palabra o los compromisos contraídos.

cuadrillas ya no asalten los hogares y los almacenes locales, y cuando los narcotraficantes armados ya no violen la ley. En Venezuela, la lucha contra los oligarcas, George Bush y la Colombia de Uribe comienza por un combate comunitario contra los delincuentes locales, que incluya barridos tácticos y estratégicos completos de las cuadrillas criminales conocidas, seguidos de castigos ejemplares a aquéllos condenados por aterrorizar a los vecinos.”

¹¹ Tales perdones o “fugas” de implicados en el golpe de 2002 y en el paro patronal del mismo año, son tanto más inexplicables cuanto que se producen después de un triunfo popular sin precedentes. Igual que lo es el que no se interviniera al conjunto de medios opositores que participaron activamente en la intentona golpista. Esta “lenidad” gubernamental sólo podría encontrar razón como fruto de presiones de ciertos sectores del ejército y/o de los intentos de componendas con los poderes fácticos que siempre ha albergado el sector oportunista del chavismo.

¹² Ya se sabe que en la famosa “división de poderes” burguesa, el judicial fue la baza que se reservaron los poderes fácticos para entorpecer, frenar o incluso revertir cualquier intento de transformación social, o simplemente medidas políticas de corte progresista.

Este es uno de los sustentos de la enorme discrepancia que existe entre el decir y el hacer en la sociedad venezolana. A la que hay que sumar la prevalencia de formas de conciencia subordinada (o lumpenizada) en la misma, con atracción por el imaginario, los productos y las formas de vida y de comportamiento clasistas de las sociedades del Norte.

8/ La perpetuación del machismo en todos los niveles no hace sino abundar en el aprovechamiento del trabajo femenino, tanto en el ámbito público como, ¡y de qué manera!, en el privado. Lo que contribuye a relegar en buena medida a un poco más de la mitad de la población de ciertos procesos de construcción y de decisión básicos.

Estas negativas condiciones estructurales de la sociedad venezolana fueron fraguadas en su larga gestación como formación colonial desestructurada (por eso son en gran parte comunes a muchas de las sociedades de capitalismo periférico). Esto significó la ausencia de un desarrollo social autocentrado y la pérdida de soberanía cultural, carencias que fueron consolidadas después con su devenir como sociedad de capitalismo periférico. Tales factores históricos se combinan, como hemos visto, con defectos del propio proceso de transformación, que sólo con un elevado voluntarismo y no poca pretensión por parte de su dirigencia se ha dado en llamar *socialista*. En este sentido, el apresuramiento en definir el proceso con ese rótulo pudiera quizás, y ojalá no, terminar siendo contraproducente, por la discordancia entre la fraseología y el imaginario supraestructural de orden “socialista” y la agobiante realidad capitalista (la subordinación forzada a la misma) en que vive el conjunto de ciudadanos.

Tan contraproducente como resultó el precipitado referéndum para facilitar los pasos hacia ese *socialismo*.

Entre los defectos del proceso hay que contar también con la obstinada y poco explicable desatención al vector de fuerza que representa la solidaridad internacional o internacionalista, que intramuros demasiado a menudo no sólo se desestima sino que se entorpece (habrá que saber si sólo como resultado del trabajo a la contra de la oposición infiltrada en las filas del chavismo, o por falta de voluntad política del mismo).

En general, en el devenir del propio *proceso* se va haciendo imprescindible (tanto como descuidada está) una dirección colegiada del mismo, así como una reflexión democrática sobre el PSUV y sobre la relación de éste con las otras fuerzas sociales que pueden ponerse al frente.

b) En clave externa (nacional e internacional)

La oposición es consciente de buena parte de los lastres del pasado que tiene que arrostrar la transformación en curso. Se vale de ellos como si fueran cosa exclusiva del presente y no del sistema económico histórico que los generó. De igual forma, también sabe de los errores y debilidades del proceso de transformación, y los explota y explotará hasta sus últimas consecuencias, pues no hay que pensar aquí en oposiciones superficiales propias del tipo de juego de poder entre diferentes partidos de la burguesía, sino de una batalla “a vida o muerte” por una u otra forma de proyecto socioeconómico.

Como es sabido desde hace algún siglo, cualquier proceso de transformación de las reglas impuestas por el Capital, por modesto que sea, recibe la más agresiva y enconada (y a menudo sangrienta) confrontación por parte de quienes históricamente se beneficiaron con su régimen de injusticia.

La oposición venezolana no es una excepción. Cuenta aquí además con el mismo agravante de casi todo el resto de burguesías periféricas, y es su casi nula predisposición a cualquier proceso de distribución o redistribución de la riqueza en forma de salario indirecto o servicios sociales para la población, población por la que siente un ancestral desprecio e infraconsideración. Esto se complementa, en el caso latinoamericano, por el hecho de que el clasismo de las clases dominantes se traduce por un inveterado racismo fruto de su dominio histórico sobre los pueblos autóctonos colonizados y los resultantes mestizos de tal oprobio.

Su actuación es la propia de cualquier contrarrevolución interna: ofensivas golpistas, sabotajes, paros patronales, intoxicación permanente y sistemática de la opinión pública, desestabilización económica para provocar la ingobernabilidad política, están al orden día entre un largo etcétera de actuaciones que desde luego nada tienen que ver con la “democracia” y los derechos políticos y sociales que predica la burguesía.

Esta *contra*, conocida como “escuálida” en Venezuela a tenor de sus 11 severas derrotas electorales seguidas, desde 1998 hasta el referéndum de diciembre de 2007, se apoya por supuesto en el más poderoso brazo político-militar del Capital Transnacional (Estados Unidos¹³) y en el conjunto de instituciones y países centrales, que tienen especial interés en destruir (una vez más) el proyecto bolivariano no sólo en Venezuela sino obviamente en el conjunto de América Latina.

Entre aquellas fuerzas cuenta, ¿cómo no?, con el fervoroso apoyo de la neosocialdemocracia internacional, y muy en concreto de la española, con palmarios y sustanciosos intereses en el país¹⁴.

También tiene de su parte la llamada “guerra de cuarta generación”, por la que medios de difusión nacionales e internacionales (entre los que ocupa un destacado papel el Grupo Prisa) se muestran en continua y ultra-agresiva campaña en contra de un gobierno legítimo que ha osado desafiar los aparentemente intocables principios de la acumulación capitalista. Es ahí donde se acaba el estrecho margen de la democracia burguesa y sus fuerzas se vuelcan hacia su vertiente más consustancial: la violencia en todas sus facetas.

Efectivamente, desde los *media* del Capital (casi todos) el acoso y derribo personal del presidente -insultado y amenazado permanentemente de la manera más grosera-, se

¹³ Ningún otro país ha promovido o apoyado tantas dictaduras en el mundo.

¹⁴ No nos olvidemos que el mismo nefasto día 11 de abril de 2002, en que se da el golpe de Estado contra el presidente Chávez, la entonces responsable de política internacional del PSOE, Trinidad Jiménez, ¡hoy secretaria de Estado para Iberoamérica!, fue de las primeras en el mundo que se apresuró a “saludar el retorno de la democracia en Venezuela”. Mientras que el inefable Restrepo, corresponsal de radiotelevisión española, hablaba desde Caracas todo feliz para decir que un hombre moderado, “ni de izquierdas ni de derechas”, había sustituido a Chávez, y que ahora sólo restaba “que el pueblo saliera a celebrarlo con calma pero con júbilo a las calles”. ¡Y todavía tiene Chávez que aguantar Cumbres Iberoamericanas donde le van a decir que no exagere, y que *por qué no se calla* los manejos sucios de la oligarquía española en Venezuela como en el resto de América Latina! [Para una versión documentada sobre la implicación de ciertos poderes españoles en el fallido golpe a Chávez, de abril de 2002, ver <http://www.pce.es/mundoobrero>. Documento del 24.05.02].

En la reciente cumbre de mayo de 2008 de América Latina-Caribe/Unión Europea hemos visto cómo patéticamente los líderes europeos, con Merkel y Zapatero a la cabeza, han insistido en su impúdico mensaje de “economía abierta” (¿ya se van olvidando de llamarla “libre”? para las economías del subcontinente, lo que muestra bien a las claras las cada vez más reducidas diferencias que hay entre unas versiones y otras del Capital (que cuando las ha hecho falta no han dudado en unirse para apoyar dictaduras).

acompaña de continuas incitaciones a su derrocamiento por la fuerza y, en general, del terrorismo mediático más descarnado, que intenta crear alarma constante en la población y su desorientación sistemática respecto de la realidad social¹⁵.

Es por eso que la tolerancia gubernamental con unos medios de difusión que incitan al derrocamiento del presidente y a la violencia social, intoxicadores sistemáticos de la opinión pública, no tiene tampoco fácil explicación para gran parte de la población. En lugar de las pertinentes acciones judiciales y políticas contra esos medios, el presidente y su entorno entran a menudo en el insulto y las descalificaciones mutuas con esa oposición, lo que no alimenta precisamente el respeto por la figura presidencial y sus círculos inmediatos.

En conjunto, la estrategia opositora es burda por lo manida a lo largo de la historia (que la hace previsible y prácticamente pública), pero no por eso menos peligrosa. Está diseñada de la siguiente forma:

**1ª etapa: de ablandamiento empleando la guerra de 4ª generación
(Operación desencanto)**

Desarrollo de matrices de opinión centradas en déficit reales o potenciales del proceso de transformación.
Cabalgamiento de los conflictos y promoción del descontento.

Promoción de factores de malestar, entre los que destacan:

- desabastecimiento, criminalidad, fuga de capital y manipulación del dólar paralelo, paro de transporte
- parálisis de servicios esenciales.

Denuncias de corrupción, promoción de intrigas sectarias y fractura de la unidad.

2ª etapa: de deslegitimación

Manipulación de los prejuicios anti-comunistas.

Impulso de campañas publicitarias en defensa de la libertad de prensa, derechos humanos y libertades públicas.

Acusaciones de totalitarismo y pensamiento único.

Fractura ético-política.

3ª etapa: de calentamiento de la calle

Cabalgamiento de los conflictos y fomento de la movilización de calle.

Elaboración de una plataforma de lucha que globalice las demandas políticas y sociales.

Generalización de todo tipo de protestas, exponenciando fallas y errores gubernamentales.

Organización de manifestaciones, trancas y tomas que radicalicen la confrontación.

4ª etapa: de combinación de diversas formas de agresión (*pacíficas, violentas y armadas*), acciones de calle y operaciones encubiertas

Organización de marchas y tomas de instituciones emblemáticas, con el objeto de coparlas y convertirlas en plataforma publicitaria.

Desarrollo de operaciones de guerra psicológica y acciones armadas para justificar medidas represivas y crear un clima de ingobernabilidad.

Impulso de campaña de rumores entre fuerzas militares y tratar de desmoralizar los organismos de seguridad.

5ª etapa: de fractura institucional

Sobre la base de las acciones callejeras, tomas de instituciones y pronunciamiento militares, se obliga a la renuncia del presidente.

En casos de fracaso, se mantiene la presión de calle y se vira hacia la resistencia armada.

Preparación del terreno para una intervención militar del imperio o el desarrollo de una guerra civil prolongada.

Promoción del aislamiento internacional y el cerco económico.¹⁶

¹⁵ Los ejemplos llegan a lo grotesco. Así, cuando el Gobierno *bolivariano* emprendió una campaña de ahorro energético a través de la distribución de bombillas de bajo consumo para los hogares, la oposición divulgó a través de algunos de sus medios que esas bombillas contenían microcámaras de espionaje para vigilar a la población, ¡y que al otro lado de las mismas vigilaba nada menos que Fidel Castro! Igualmente, sobre los productos alimenticios del “Mercal” que el Gobierno pone a disposición de la población a precio mucho más barato, la oposición ha difundido que son alimentos contaminados o peligrosos para la salud (incluso directa y deliberadamente envenenados). Esto es el terrorismo mediático.

Los agentes del Capital siempre hicieron lo mismo. Así por ejemplo, cuando en los años 80 el Frente Sandinista comenzó una campaña universal de vacunación en Nicaragua, la *contra* local propagó el rumor de que iban a inyectar ¡el virus del comunismo!. Con ello logró que la gente en algunas comunidades huyera de los médicos vacunadores. Y es que en realidad la vida de la población, y mucho menos la calidad de la misma, le importan un carajo a las fuerzas capitalistas.

¹⁶ Carlos Lanz, “La estrategia del golpe suave y el pronunciamiento del general Baduel”. Manuscrito. Noviembre de 2007.

Entre los inconvenientes económicos hay que contar también, como es lógico, con que ante procesos de transformación social a favor de las grandes mayorías, tanto el capital nacional como internacional se retiran para boicotarlos en lo posible. Digamos que hacen huelga de inversión y de producción. Por eso el capital nacional continúa su fuga hacia el sistema financiero o bancario de las sociedades centrales, mientras que la desacumulación de capital extranjero en el país también crece.

Fruto, además, del capitalismo parasitario en el que se formó la economía venezolana –recordemos que en el país prácticamente no se producía nada pues todo era importado a cuenta del petróleo-, Venezuela todavía arrastra hoy un déficit de unos 5.700 millones de dólares de la balanza de pagos. Aunque, como se ha dicho, esa dinámica improductiva está en transformación.

Pero mucho más grave es que la mayor parte de las tierras ricas o muy ricas del país siga en manos de la burguesía terrateniente-rentista. El Gobierno no sólo se ha mostrado hasta ahora muy ‘cuidadoso’ en pro de la reforma agraria, sino que no ha sabido defender a los líderes y militantes campesinos que han luchado por ella. Según cifras oficiales, entre las guardias blancas del empresariado terrateniente y los paramilitares colombianos infiltrados en el país, van unos 200 asesinatos de campesinos comprometidos con la lucha en el campo¹⁷. Esto no sólo es intolerable desde todo punto, sino que muestra cierta necesaria complicidad de sectores del ejército venezolano en las zonas de especial vigilancia para la distribución de la propiedad en el campo.

Y es ahí precisamente, en el ejército, donde radica una de las claves más delicadas de todo el proceso, tanto por la siempre posible intriga de sectores del mismo, como porque el proceso de transición se vea forzado a tener que apoyarse cada vez más en él, dándole más y más protagonismo sociopolítico¹⁸. Especialmente cuando desde Colombia (con un ejército mucho mejor pertrechado –por Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel- y fogueado en la guerra selvática y de contrainsurgencia) pueden activarse planes de invasión colombiano-estadounidense en cualquier momento.

Del otro poder, el que llaman “espiritual”, nada nuevo hay que esperar. La Santa Madre Iglesia estuvo a lo largo de los siglos incardinada en los grandes poderes terrenales, cuando no los detentó ella directamente. Y en la actualidad vela por los mismos en todo el mundo, con especial virulencia en aquellos lugares donde los ve en peligro, como en Venezuela. Su campaña de acoso a las transformaciones sociales en curso en este país es digna de las mayores vilezas que puedan orquestar las fuerzas reaccionarias.

¹⁷ La infiltración paramilitar colombiana ha llegado también a los arrabales de las ciudades más importantes, donde crean o fortalecen redes de delincuencia que sirven asimismo para hostigar a la población local, sobre todo a la que intenta organizarse en pos de mejoras colectivas.

¹⁸ El presidente Chávez, a pesar de su (patente) biografía militar, está personalmente empeñado en formar un ejército popular, bolivariano, con vocación de atención y servicio a su pueblo, y que sea integrado por voluntarios profesionales del mismo pueblo. Sin embargo, para poder avanzar en ese camino habría que completar primero la depuración de militares potencialmente progolpistas o que incluso ya demostraron esa proclividad en el pasado inmediato.

Otra peligrosa deriva para Venezuela es que a falta de implicación popular en el proceso, el Gobierno se apoye más y más en el ejército (a pesar de la evidente corrupción que está mostrando esta institución cuando ha sido llamada a realizar labores de gestión u administración pública) para llevar a cabo la transformación planeada, en una especie de “despotismo ilustrado” sin ilustración.

Conclusiones parciales para Venezuela

El proceso de transformación en Venezuela cuenta con un liderazgo comprometido con las grandes mayorías, un presidente que ha ido adquiriendo con el tiempo formación política y que intenta poner en práctica su mezcla de socialismo, humanismo y cristianismo. Sincero y valiente (sabe que está en el punto de mira de los grandes poderes, por eso repite con frecuencia que “estoy condenado a muerte”), pero que, quizás por su extracción militar, no deja de reproducir patrones personalistas y, a pesar de los esfuerzos en contra, a menudo también verticales.

Un liderazgo unipersonal es un síntoma de debilidad que debe ser corregido cuanto antes. El presidente está demasiado solo en muchos de sus esfuerzos nacionales e internacionales, rodeado de oportunismo por casi todas partes.

Eso quiere decir, entre otras cosas, que buena parte de los planes y objetivos planificados son correctos, pero carecen demasiado a menudo del factor humano para llevarlos a cabo.

En 10 años del proceso de transformación se ha conseguido una inédita redistribución de la riqueza, pero no se ha creado tejido social capaz de acentuarla ni se han mejorado muchas de las condiciones de la vida cotidiana de la población, lo que tiene a menudo en la conciencia un efecto más impactante que los avances macroestructurales.

Las numerosas rémoras históricas de las que se parte, más las debilidades y errores propios, implican también que en gran medida el proceso de transformación es llevado sobre los hombros de un reducido círculo de cuadros comprometidos en diferentes niveles de la Administración, apoyados por dispersos militantes sociales en el trabajo de base más ingrato. Pero junto a unos y otros conviven muchos que profesan las viejas formas políticas y de relación humana de la burguesía.

Ese espíritu de heroicidad de los sectores más comprometidos que *vanguardizan* el proceso depende a la postre de una población que es capaz de reaccionar esporádica y contundentemente en pro de sus intereses, ocupando la arena social, pero que hasta ahora no tiene la constancia de conciencia ni la base organizativa como para asumir un protagonismo social ni político permanente.

La formación de cuadros y organizaciones populares y la creación de una conciencia social (que vaya posibilitando la socialista) adquieren, por tanto, carácter perentorio. De igual forma, tan inexcusable como vital resulta deshacerse ya del oportunismo y de los cargos corruptos en todos los escalones de la Administración estatal y partidaria.

Consideraciones generales

Hoy la disyuntiva de las alianzas y bloques que permitan plantar cara a la ofensiva del Capital globalizado se reabre muy especialmente en América Latina con algunas de las opciones que han llegado al poder institucional y también a través de ciertos proyectos colectivos como el ALBA. Gracias a ellas y muy especialmente a la “revolución bolivariana” de Venezuela, hemos vuelto a oír hablar de *socialismo*. Eso es

bueno por lo que supone de irreverencia al tan proclamado “pensamiento único” del fin de las ideologías, y porque recoge el testigo de las luchas de los siglos XIX y XX, recuperando un objetivo que la burguesía transnacional se ha empeñado con todas sus fuerzas en borrar del ideario colectivo, pero que si la Humanidad se lo ha trazado “es porque está madura para ello”. Sin embargo, hay que ser extremadamente cuidadosos con la utilización de definiciones y términos que no pueden aplicarse a cualquier proceso y medida emprendida, porque a la postre podrían generar más confusión y desencanto. Especialmente cuando las fuerzas sociales que puedan emprender tamaña gesta están todavía muy inmaduras.

La transición necesariamente es larga y difícil. El socialismo, por muy “del siglo XXI” que fuere, debe proceder a una serie de pasos imprescindibles.

En primer lugar, tiene que sujetar al mercado e ir sometiéndolo al control social poco a poco. Construyendo lenta pero firmemente también una economía planificada y participada, capaz de enfrentar los acuciantes problemas colectivos que se advierten en el nuevo siglo. Tan pausadamente como lo requiera la consolidación de una real democracia de base (económica, de género, generacional, cultural, social y política) que suscite otras formas de relación social y una nueva manera de relacionarse con la naturaleza. Otra *forma de vivir*, en suma, con calidad sin necesidad de consumir ni producir tanto, y donde la acumulación privada y la explotación ajena queden relegadas como una especie de aberración social.

Como se comprenderá esto no es para dos días. El proceso de transformación dependerá en gran medida de lo que se tarde en controlar al mercado y esto a su vez de la correlación de fuerzas internacionales, de la consolidación de bloques alternativos y de las luchas de clase en las sociedades centrales, de donde depende sustancialmente la velocidad colectiva histórica de la transición.

¿Estamos, entonces, en América Latina, ante una inédita posibilidad de protagonismo de los diferentes sujetos del Trabajo, o más bien ante una nueva apuesta de “capitalismo nacional” liderado en cada lugar por las burguesías o sectores nacionalistas, en lo que sería una especie de Bandung latinoamericano?

Es imprescindible establecer aquí algunas advertencias. Primera, contra las visiones que pretenden al capital “autóctono” más emancipador, éste continúa respondiendo a los mismos imperativos y dinámicas de acumulación del capital en abstracto, por lo que de existir, sería tendente a generar la polarización y desigualdad que le son intrínsecas. Segunda, cada vez es más difícil que las burguesías autóctonas periféricas (esto es, el “capital nacional” de las formaciones capitalistas dependientes) puedan establecer mecanismos permanentes para una mayor apropiación del conjunto del plusvalor mundial generado, por cuanto la realización de la tasa de ganancia se hace cada vez más difícil para los propios capitales centrales, cada vez, por tanto, menos dispuestos a distribuir. Lo que paulatinamente va a dejar menos márgenes para proyectos “populistas” internos, a pesar de la (a todas luces transitoria) bonanza provocada por la subida de precios de las materias primas que está posibilitando esta suerte de “izquierdismo democrático” latinoamericano. De hecho, el Capital ha

comenzado a retomar la iniciativa y a poner contra las cuerdas a estos procesos¹⁹, que están pasando cada vez más a la defensiva, especialmente hasta ahora en Bolivia (donde el MAS ha renunciado incluso a defender la Constitución, permitiendo que se realice un referéndum que la viola).

La última gran advertencia es que es ineludible una confrontación con las fuerzas imperialistas, sea por la vía económica, política o militar, o, lo que es más probable, a través de una combinación de todas ellas. Podría discutirse su alcance, impacto, modalidades más directas o más violentas, pero no el mismo hecho de que ocurra, pues está en juego el alimento energético de un capitalismo acorralado por sus contradicciones económico-ecológicas. Esto exige pasos acelerados y no por ello menos firmes en la construcción sociopolítica alternativa, generando auténtico poder popular.

El *socialismo del siglo XXI* es una manera de decir que hay diferentes formas de construir el socialismo, y que no pueden repetirse, por sus deformaciones de base, las que se intentaron en el siglo XX. Sin embargo, los resultados finales no pueden ser muy disímiles para cualquiera que sea la vía a seguir, y pasan siempre por la propiedad social o comunitaria de los medios de producción, con altas dosis de autogestión en la producción, distribución y consumo. Lo que implica necesariamente profundos niveles de democracia horizontal, participativa.

El socialismo del siglo XXI está por definir, pero tendrá que contar también necesariamente con el “capitalismo del siglo XXI”, esto es, con la evolución del propio Sistema que, no lo olvidemos, es el más dúctil de los sistemas que ha conocido la Humanidad y no tiene límites económicos absolutos en sí mismo –aunque puede que ya sí ecológicos–, si no media la acción transformadora (“revolucionaria”) consciente para darle fin²⁰. Lo que parece más probable es que para seguir siendo “Capitalismo”, y a falta de imprevisibles recursos energéticos por descubrir o espacios cósmicos en que expandirse, necesitará ser cada vez más dañino para la mayor parte de la Humanidad. Ninguna de sus versiones podría invertir a medio plazo esa tendencia.

¹⁹ Se vale para ello, entre otras muchas armas, del eje acólito de México-Colombia y en otra medida (más estrictamente apegada al ámbito del liberalismo económico) de Chile. Es por eso que concomitantemente, Estados Unidos está intentando aplastar las respectivas oposiciones internas en aquellos dos primeros países (para que sus clases dominantes puedan quedar con las manos libres para desempeñar el papel internacional que se espera de ellas). Su pretensión es vincular esas oposiciones, esto es, hacer ver que los resistentes movimientos y organizaciones populares mexicanos tienen relación con las FARC, para “legitimar” así su represión más feroz –medida habitual, por otra parte, de los sucesivos Gobiernos mexicanos (el actual presidente, Calderón, al igual que Salinas de Gortari, no ganó las elecciones, ambos fueron impuestos por Estados Unidos en un país que no se puede permitir el lujo de dejar ni siquiera en manos de un populismo tan dócil como el del PRD)–. Se trata de poner a México a tono con el genocidio político que protagoniza el Gobierno colombiano (con el que ahora se está volcando la “comunidad internacional” para acabar con las FARC). En Chile la oposición está por ley excluida de la representación parlamentaria, mediante el sistema de binominalismo, por el que la coalición de centro izquierda y la de centroderecha se reparten todos los escaños.

²⁰ Uno de los graves problemas que enfrentamos para tal fin es precisamente el profundo deterioro de las que fueron llamadas *condiciones subjetivas* que el Capital ha provocado en todo el planeta. La generación con el paso de los siglos de un “homo economicus” universal más o menos envilecido, cobra especial dramatismo en las periferias más deterioradas del Sistema, en las que la mercantilización de la existencia se produce en un entorno de degradación social sin colchón de ciudadanía, proclive a generar una pugna crónica de todos contra todos, una vez que se han roto gran parte de los vínculos de solidaridad inmediata (“mecánica”, dirían los clásicos) y se han impedido una y otra vez los intentos de construcción de solidaridades políticas (o transmediatas). Esa degradación social va acompañada de muy diferentes tipos de conciencias subordinadas y, a menudo, sumisas.

Ojalá que las clases trabajadoras no se engañen sobre eso, para no permitir que nadie las arrastre por caminos que no conducen a ninguna parte. Sea en el nombre que sea.

Una de las principales tareas de las izquierdas consiste en proporcionar la formación necesaria en ese sentido, con miras a asentar formas de conciencia que rompan con la subordinación a la racionalidad y a los variados tipos de órdenes sociales capitalistas.

Andrés Piqueras

Con las valiosas aportaciones de Mariana Yónusg
(educadora social, militante política venezolana,
revolucionaria).

Finales de mayo de 2008